

La conquista de América en la novela histórica del romanticismo español: el caso de *Xicotencal*, *príncipe americano*

En 1826, en Filadelfia, la imprenta de Guillermo Stavely publicó una novela titulada *Jicotencal*. Su extensión superaba las cuatrocientas páginas, distribuidas en dos tomos de 8a, y éstos son datos objetivos que todavía hoy pueden ofrecerse para la identificación del texto. Su autor prefirió quedar en el anonimato, y el contenido de la obra y el momento en que vio la luz no son tan inequívocos como para facilitar la revelación de ese enigma. Por otra parte, los pocos comentarios que el relato ha suscitado suelen coincidir en que su calidad literaria es escasa. Eso no disminuye su interés, que para los críticos hispanoamericanos inicialmente se centró sobre todo en la fecha de su publicación: parecía anterior a la de cualquier novela histórica española, e incluso a la de la irrupción del romanticismo en todo el ámbito hispánico, con lo que América se habría anticipado por primera vez a la antigua metrópoli en la recepción y manifestación de novedades literarias. Esa condición iniciadora se vio desmentida cuando se comprobó que *Ramiro, conde de Lucena*, la novela de Rafael de Húmara y Salamanca que durante mucho tiempo se había fechado en 1828, fue en realidad impresa en 1823, pero en torno a *Jicotencal* se plantean aún otros problemas que deben ser aclarados de una vez por todas. Quizás el fundamental radica en sus relaciones con una novela que Salvador García Bahamonde publicó en Valencia en 1831: *Xicotencal, príncipe americano*. Confundida con la editada en Filadelfia, esta obra ha sido casi siempre ignorada por la crítica, circunstancia especialmente

grave si se tiene en cuenta que fue el punto de partida de un modo de entender a los habitantes de América que tuvo fortuna entre los narradores españoles posteriores a estos años iniciales del romanticismo.

Distintas circunstancias han favorecido la identificación de esos relatos. En primer lugar, la condición anónima de *Jicotencal* ha permitido a los investigadores fantasear en torno a la identidad americana o española de su autor. Después, la dificultad para acceder al texto valenciano ha impedido cotejarlos y comprobar las muchas diferencias que existen entre ellos, esfuerzo en apariencia innecesario desde que Reginald Brown aseguró que la novela de García Bahamonde y la publicada en Filadelfia eran una única obra, precisando por añadidura que de esta edición valenciana de 1831 «no se conoce ejemplar»¹. Esa opinión, aunque tempranamente desmentida², aparece reiterada con frecuencia por la crítica española³, y eso ha significado el eclipse total de *Xicotencal, príncipe americano*, que además pertenece a un período de la literatura española escasamente apreciado. Lo cierto, sin embargo, es que esa novela se publicó —lo demuestra el ejemplar conservado en la Biblioteca Pública de Valencia, que hemos podido consultar—, y que algún comentario merece, al menos para esclarecer sus relaciones con la aparecida en 1826.

Sabiendo ya que se trata de dos obras distintas y que sus autores también lo son, podemos comenzar preguntándonos si García Bahamonde escribió su narración teniendo presente el relato anónimo de 1826 o si lo desconocía, y continuar inquiriéndose acerca de la influencia que una y otra novela han tenido en las obras históricas de argumento americano que se escribirían en los años siguientes. Por lo que respecta a *Jicotencal*, D. W.

¹ Véase Reginald Brown, *La novela española: 1700-1850*, Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1953, pág. 91.

² José Fernández Montesiños, al reseñar el libro de Brown en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* (X, 1956, págs. 225-233), ya puso de manifiesto la confusión: «Añadiré aparte, por tratarse de un asunto (...) de cierta importancia para la historia de la novela americana, algunas precisiones sobre *Jicotencal* (...) y *Xicotencal* (...) Ya no cabe duda de que se trata de obras enteramente independientes la una de la otra... Queda en pie el problema de la autoría de la novela

*impresa en Filadelfia; la única deducción, negativa, que hasta ahora ha podido hacerse es que no pudo ser autor de *Jicotencal* ningún escritor mexicano (...) La materia es espinosa.»*

³ Benito Varela Jácome, en *Estructuras novelísticas del siglo XIX* (Barcelona, Clásicos Aubí, 1974, pág. 32), anota: «*Xicotencal*, de Salvador García Bahamonde, publicada en Filadelfia en 1826». Felicidad Buendía, en *Antología de la novela histórica española. 1830-1844* (Madrid, Aguilar, 1963, pág. 31), habla de García Bahamonde como de «uno de los españoles ausentes de la patria, que se incorporaron al impulso literario reinan-

*te y escriben fuera de su país». Parece hablar de él como si se tratase del anónimo autor que en 1826 escribía en Filadelfia. Pero es Juan Ignacio Ferreras quien más se ocupó del asunto entre los críticos españoles, pues se ha referido a *Xicotencal*, príncipe americano en su Introducción a una sociología de la novela española del siglo XIX (Madrid, Edicusa, 1973), en *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica, 1830-1870* (Madrid, Taurus, 1976) y en su *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX* (Madrid, Cátedra, 1979). A pesar de haber consultado el artículo de Luis Leal que citaremos más ade-*

*lante, en apariencia concluyente y clarificador, Ferreras elucubra sin fundamento que quizá la novela valenciana fuera la adaptación de la homónima de Filadelfia, o, para más equivocarse, que fue el conocido editor Mariano Cabrero quien inventó el seudónimo «García Bahamonde», para bajo él publicar otras novelas. La necesidad de un seudónimo se explica —dice Ferreras— «por ser la obra liberal en demasía», lo que puede decirse de *Jicotencal*, claro, pero no de *Xicotencal*, príncipe americano (véase *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica*, edición citada, págs. 113-114).*

McPheeters⁴ asegura que en 1828 se celebró en la villa mexicana de Puebla un concurso literario cuyo eje fue esa novela de Filadelfia y que dio lugar a diversas composiciones dramáticas. McPheeters cita tres de ellas, que tienen en común la condición romántica del príncipe tlaxcalteca, su personaje principal, y coinciden en ofrecer los mismos caracteres creados en la narración. En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva una de esas obras dramáticas, la escrita por José María Moreno Buenvecino, y su lectura permite corroborar la opinión de quienes piensan que *Jicotencal* nunca pudo ser escrita por un mexicano: el drama de Puebla carece de la doctrina política y de la conciencia anticolonialista que son fundamentales en la novela de 1826, y se limita a plantear el enfrentamiento entre un pueblo sometido y otro que sojuzga con abundancia de términos vengativos, como corresponde a un período determinado por las recientes luchas independentistas que habían vivido México y la casi totalidad de Hispanoamérica⁵. La «tragedia» de Moreno Buenvecino podría tildarse de antiespañola, y ese calificativo no puede aplicarse a ninguna de las novelas históricas sobre la conquista de América que se escribieron en España; tampoco, tal vez, a la publicada por Guillermo Stavelly.

Por otra parte, es difícil saber la fecha en que *Jicotencal* llegó a la península, si llegó, y cómo fue leída. Del estudio de Antonio González Palencia sobre la censura gubernativa en el período 1800-1830 —se repasan todos los expedientes de obras censuradas, en los cuales se especifican las razones para su prohibición—, se deduce que hubo casos en los que se condenaba una supuesta mala interpretación de la historia patria, casos de ofensas al poder establecido, o de abuso del pensamiento y de la cita de Rousseau o de Voltaire⁶. En esas faltas incurrió *Jicotencal*, que si entró en España debió de hacerlo en el equipaje de algún emigrante o de algún exiliado que retornase, pero nunca como un texto destinado a difundirse y venderse en las librerías. Parece evidente que hacia 1826 su autor había tenido que exiliar su liberalismo hasta Filadelfia —ya fuera desde la península, ya desde las colonias americanas— ante la imposibilidad de conciliar sus ideas con el régimen restaurado por Fernando VII desde 1824. Filadelfia es, en aquellas décadas finales del XVIII y primeras del XIX, un reducto hispano de activa vida intelectual y política, marcada por el sentimiento liberal e independentista. Esa circunstancia permite contrastar las personalidades de los dos autores: por entonces Salvador García Bahamonde publica al menos tres loas —de las que tengamos noticias, quizás haya más⁷— en Cartagena, en honor de Fernando VII. Por su contenido, por el lugar y el momento en que son escritas, no es descabellado imaginar que García Bahamonde acompañara a las tropas que vinieron con el rey y los Cien Mil Hijos de San Luis para deshacerse del gobierno liberal. Las demás creaciones suyas que conocemos⁸ son todas históricas y de hazañas militares o

⁴ D. W. McPheeters estudia el eco que el personaje real de *Xicotencal* tuvo en la literatura de América y en la de España, en «*Xicotencal, símbolo republicano y romántico*», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, X, 1956, págs. 403-411.

⁵ Véase, José María More-

no Buenvecino, *Xicotencal*, tragedia en cinco actos, Puebla, Imprenta del Patriota, 1828.

⁶ Véase Antonio González Palencia, *Estudio histórico de la censura gubernativa en España, 1800-1833*, Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, tres vols., 1934-1941

⁷ En la Biblioteca Nacional del Madrid se pueden consultar la Alocución poética en celebridad del día de nuestro Augusto Soberano el señor don Fernando VII (*Cartagena, R. Puchol, 1824*) y El templo de la paz o el vaticinio. Drama heroico alusivo a la unión de los españoles (*Cartagena, R. Puchol,*

1824). Además, el *National Union Catalogue* reseña una Loa representada en el teatro de la M. N. y M. L. ciudad de Cartagena en celebridad del feliz cumpleaños de la reina NaSa, también de 1824.

⁸ Además de *Xicotencal*, príncipe americano, García Bahamonde dio a conocer

bélicas, aunque de su prosa no pueda inferirse que fuera un experto en la milicia. Nuestra última noticia de su biografía confirma una evolución ideológica: desde 1830 o 1831 aparece asentado en Valencia, donde publican sus obras los más relevantes editores del momento, impulsores del renacimiento de la novela española del siglo XIX: José de Orga y Mariano Cabrerizo. Entre los años de Cartagena y los de Valencia, García Bahamonde ha derivado hacia postulados de un liberalismo moderado. *Xicotencal, príncipe americano* es buena prueba de ello, y tanto es así que el 6 de marzo de 1836, cuando ya hace más de tres años que están en el poder los liberales, el diario progresista *El Eco del Comercio* anuncia su intención de volver a publicar esa novela.

En cuanto a *Jicotencal*, la identidad de su autor ha sido el principal objeto de atención para los investigadores. Para no hacer demasiado prolijo el examen de la bibliografía, señalaremos que casi nadie piensa en un autor peninsular (Anderson Imbert es el único que no niega rotundamente esa posibilidad), que sus contemporáneos nunca pensaron que se tratase de un mexicano (aunque para Henríquez Ureña esto es incontestable), y que el estudio más documentado, el de Luis Leal, se inclina por el sacerdote cubano Félix Varela, que en torno a 1826 residía en Filadelfia⁹. La comparación de *Xicotencal, príncipe americano* y de *Jicotencal* no resuelve ese enigma, pero nos coloca en una situación privilegiada para observar el nacimiento de la interpretación de la conquista de América en el romanticismo: no son las primeras novelas históricas escritas en español, pero sí las dos primeras novelas del siglo XIX, española una y la otra americana, que toman como argumento hechos ocurridos en el siglo XVI y relacionados con el Nuevo Mundo. Sin adentrarnos en una investigación pormenorizada¹⁰, es fácil comprobar que son hijas de su tiempo: un tiempo agitado en el que los cinco años que median entre la aparición de una y otra permiten cambios de régimen político, lo que repercute en la valoración de los protagonistas de la historia y en el modo de estimar el pasado reciente o remoto. Y no sólo la política se muestra inestable, pues también la literatura está viendo nacer nuevas concepciones y formas en esas primeras décadas del siglo XIX. *Jicotencal* y *Xicotencal, prín-*

Los solitarios o desgraciados efectos de la guerra civil. Novela histórica del siglo XVI (Valencia, José de Orga, 1831), Los árabes en España o Rodrigo, último rey de los godos. Novela histórica del siglo VIII (Valencia, José de Orga, 1832) y Julio y Carolina o la fuerza de la gratitud, comedia traducida del portugués al castellano y arreglada al teatro español por D. S. G. Bahamonde (Valencia, Cabrerizo, 1831).

⁹ Enrique Anderson Im-

bert (Historia de la literatura hispanoamericana, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, vol. I, pág. 221) se muestra reacio a aceptar que sólo un hispanoamericano puede haber sido el autor de la novela, puesto que al absolutismo se enfrentaron tanto los liberales americanos como los peninsulares. Pedro Henríquez Ureña, deseoso de probar la primacía de América sobre España en la creación de la novela histórica, apuesta sin vacilar por un mexicano (véase Las co-

rrrientes literarias en la América Hispana, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, pág. 128), lo mismo que Lloyd Read (The Mexican historical novel, 1826-1910, Nueva York, Instituto de las Españas en EE. UU., 1939, pág. 96). Por su parte, José Rojas Garcidueñas («Jicotencal, una novela hispanoamericana precursora del romanticismo español», en Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, 24, México, 1956, págs. 53-76) sólo habla de «un liberal hispanoamerica-

no», y es Luis Leal («Jicotencal, primera novela histórica en castellano», en Revista Iberoamericana de Literatura, XXV, núm. 44, 1960, págs. 9-31) quien se atreve a darle nombre y apellidos: los del sacerdote cubano independentista Félix Varela.

¹⁰ La hemos hecho en nuestra Memoria de Licenciatura: La novela histórica de tema americano en el romanticismo español. 1826-1852, Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, 1987.